

Todo por un café



El café hunde raíces milenarias en el mundo árabe mientras que para el occidente judeocristiano es apenas cien años más reciente que el descubrimiento de América. La primera referencia científica sobre la planta aparece en *Plantes d’Egypte* de Prosper Alpin (1553-1617) publicada en 1592, pero la historia del café es indispensable porque forma parte de la historia universal de la infamia y es una lección para el presente y el futuro. El café es originario de África, (Etiopía, tal vez) de donde pasó a la Península Arábiga, esa porción de tierra que se encuentra entre el Mar Rojo, el Golfo Pérsico y el Océano Índico. Allí, en una pequeña zona de suelo fértil y clima excepcional, fresco y lluvioso, que contrasta con la típica aridez de la región, se cultivó el café. El consumo de café era un hábito en las ciudades del Islam: Sana, La Meca, Medina, Damasco, Bagdad, Teherán, Beirut, Alepo, Constantinopla (en 1475, ya existía allí el Café Kiva Han), El Cairo (para 1630 había más de mil cafeterías en esa ciudad), Argel y Aden, y los comerciantes árabes sólo vendían los granos hervidos o tostados para evitar la reproducción de la planta fuera de Arabia y para controlar su mercadeo. Las caravanas lo llevaban desde esa zona hasta el alto Egipto y Nubia. Los venecianos fueron los primeros occidentales en importar café hacia 1570 y quienes mantuvieron, por mucho tiempo, el comercio cafetalero en Europa. Un siglo después, empezó el robo de semillas fértiles. Hacia 1690 los holandeses, entre los que figura especialmente Nicolás Witten (+1704), llevaron unos arbustos de café contrabandeados de Yemen a su colonia de Batavia, hoy Yakarta, en Indonesia, y de allí a las primeras plantaciones de Java y Sumatra. En poco tiempo Ámsterdam pasó a ser el centro para compra y venta de café en el mundo. En el famoso Jardín Botánico de Leyden fueron cultivadas algunas plantas de café y, en 1714, en ocasión de la firma del Tratado de Utrecht entre Francia, España, Inglaterra y Holanda, le regalaron al rey de Francia Luis XIV (1638-1715) una planta de café que fue llevada al *Jardin des Plantes de Paris*, creado en 1635 y que antes de la Revolución Francesa se llamaba *Jardin du roi*, y puesta bajo el cuidado del naturalista Antoine de Jussien (1668-1758). Esa planta de café daría mucho de qué hablar porque tuvo una larga descendencia que dio origen a la mayoría de las plantaciones del hemisferio occidental. Esquejes de esa planta fueron traídos a Martinica por el oficial de infantería Gabriel Mathieu de Clieu (1695-1742) en 1723 en un periplo singular desde Nantes hasta las Antillas. En

ese viaje, después de sobrevivir a un ataque de piratas, el barco perdió su reserva de agua dulce, y Gabriel tuvo que conseguir, exponiendo su vida, agua dulce para sus plantas a las que ponía tres cucharadas cada día para mantenerlas vivas. En Martinica, esas plantas crecieron y se multiplicaron y sus descendientes fueron a Venezuela, Colombia y Brasil para luego volver a cruzar el Atlántico a Costa de Marfil y Camerún. En 1730 los ingleses introdujeron el café en Jamaica de donde pasó a Santo Domingo en 1731, Cuba en 1731 y México en 1740. Las primeras cafeterías del mundo estuvieron en el Cairo y Constantinopla, la antigua Bizancio y la actual Estambul. Allí se reunían los poetas, los cadis y los altos dignatarios del imperio turco. Luego, muchos años después, vinieron las cafeterías de Venecia en 1615, París en 1643, Marsella en 1644, Londres en 1650 y Viena en 1683. La historia de la fundación de ésta última es una “perla”: *Die Blaue Flasche* (La botella azul), el primer café al lado de la catedral de Viena, abrió sus puertas para celebrar la victoria sobre los turcos en 1683. Franz Georg Kolschitzky (1640-1694), que era el propietario, tuvo que abrir el café porque en recompensa a su heroica participación contra el poderoso ejército de Kara Mustafá Pasha (1634-1683) que había sitiado Viena, recibió los más de 500 sacos de café que los turcos dejaron abandonados en las carreras de la huida.

En la actualidad se cultiva café hasta en macetas, pero pocos recuerdan todo lo que hizo falta para una taza de café...

Félix García